

ca la complejidad del ser humano y de la sociedad.

Erika Marrero Miranda
Universidad de Las Palmas
de Gran Canaria

Sergio Ramírez Franco. *In(ter)-venciones del yo: escritura y sujeto autobiográfico en Hispanoamérica (1974-2002)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Veruert, 2012. 248 pp.

El presente volumen posee el vigor intelectual necesario para reactivar el debate teórico en torno al productivo aunque complejo campo de los estudios autobiográficos en Hispanoamérica, e incluso más allá de ésta. Ramírez Franco no es sólo un académico refinado y consistente, sino también un intelectual tenaz —alguien que no se da por vencido hasta que cada proyecto en que se encuentra involucrado llega hasta su feliz término—. He tenido oportunidad de leer con placer y provecho su indispensable libro sobre las novelas de Jorge Eduardo Eielson (*A favor de la esfinge*, 2000), los dos volúmenes que editó dedicados a la narrativa andina —*José María Arguedas: hacia una poética migrante* (2006), dedicado a redefinir el trabajo de Arguedas como representativo de una verdadera producción latinoamericana poscolonial, y *Literaturas y culturas de la región andina* (2007), dedicado a expandir la noción del territorio andino como consecuencia de identidades andinas diaspóricas— así como la mayor parte de sus reseñas y artículos, en especial su estudio sobre “El sueño del pongo”, de

Arguedas, como manifestación de deseo homoerótico por el cuerpo subalterno. La excepcionalmente sólida formación del autor en la teoría literaria brilla en el análisis literario, sobre todo cuando incorpora la teoría cultural y la teoría crítica. Esta convicción mía se ha hecho más profunda al examinar el que es su mayor aporte académico hasta la fecha: el ya mencionado *In(ter)venciones del yo*.

Tres son los principales objetivos de *In(ter)venciones del yo*, tal como el título anticipa, se expresa en la “Introducción” y se fundamenta en los cinco capítulos del texto. El primero consiste en subrayar un consenso teórico: las autobiografías son construcciones o “invenciones” de historias personales, no necesariamente representaciones objetivas de vidas individuales, lo que quiere decir que el mismo proceso biográfico puede dar origen a diferentes modos de auto-representación. Segundo: puntualizar que, en tanto que invenciones, las autobiografías apuntan a ser “intervenciones” de los autores en un texto socialmente percibido como una representación confiable de la vida, y más sugerente, en un contexto social imaginado como un receptor maleable, capaz de ser influenciado por las demandas y sugerencias de los autores, quienes, por ello, incorporan diferentes estrategias narrativas de persuasión. Y, tercero: el texto busca demostrar que precisamente por las dos primeras consideraciones, las autobiografías hispanoamericanas son representaciones casi subrepticias de la vida social y de las determinaciones históricas, capaces de pro-

porcionar, si se les examina apropiadamente, factores decisivos de la identidad, la ideología y la formación de clase. Esta conexión de intereses discursivos, cuyo estatus fenomenológico se explora con esmero en la introducción, permea los cinco capítulos del libro. A mi juicio, ahí reside el mayor mérito de Ramírez Franco, el que confiere al libro la unidad y coherencia que no pueden provenir del corpus biográfico examinado, estilística y temáticamente diverso. A lo largo del proceso, Ramírez Franco ilumina textos escritos por autores canónicos que reflexionan sobre sus vidas, sus experiencias como escritores así como sus circunstancias políticas e históricas desde una variedad de perspectivas ideológicas y estéticas. Lo hace con un estilo claro y riguroso, valiéndose de un sofisticado aparato conceptual informado por –pero no atrapado en, como se verá más adelante– los más recientes debates en el campo abiertos por la tradición posestructuralista.

La “Introducción” constituye una sorprendentemente concisa aunque elocuente revisión de las más relevantes posiciones teóricas sobre el discurso autobiográfico. Ramírez Franco las resume hasta lo que sería su núcleo y, luego, las problematiza con agudeza mediante la comparación de sus supuestos; incluso, en ciertos casos, las somete a procesos de *reductio ad absurdum*. Un claro ejemplo de esto ocurre en la página 16, cuando cuestiona la bien conocida definición de autobiografía de Phillipe Lejeune, argumentando que el supuesto contrato entre el lector y el

autor (entender al protagonista, al narrador y al autor como “una misma identidad rubricada por el nombre”) falla al afirmar una pretendida unidad: el nombre es apenas un signo cuyo contenido implica el reconocimiento –la inclusión– de otros múltiples nombres de los que precisamente se distancia. (Encuentro que el texto “Borges y yo”, donde el personaje, el narrador y el autor reclaman sus propias distintivas identidades, constituye un ejemplo paradigmático del argumento de Ramírez Franco). Otro buen ejemplo de una comprensión problemática del discurso autobiográfico se produce en la página 19, cuando tras presentar la propuesta de E. W. Bruss de considerar la autobiografía como acto ilocutivo, vale decir, como acto destinado a intervenir en la esfera social (cf. J. L. Austin), Ramírez Franco invoca el hecho de que la autobiografía no es un discurso real, sino un texto escrito y, como tal, comunicación diferida que apenas anticipa la posición del lector.

Las objeciones teóricas que plantea Sergio Ramírez Franco no son pocas ni arbitrarias, pues aclaran el campo mediante un informado y juicioso reenfoque de las principales líneas de un corpus crítico todavía dispar. Lo hace mediante una discusión que se articula desde perspectivas e interrogantes epistemológicas, fenomenológicas y metodológicas: quién escribe, en qué circunstancias, a quién, para efecto de qué, desde qué valores, apuntando a qué significados –incluidos los no previstos– y produciendo qué organizaciones textua-

les. A lo largo de este proceso, la disciplina examinada es correctamente presentada como irregular, contradictoria e incompleta, pero prometedora, útil y perfectible. Asimismo, tan diverso como los textos que se busca elucidar: “el propio estatuto de los [discursos autobiográficos] permanece abierto y esa apertura convoca la necesidad de diversas vías de lectura” (27). Para ilustrar la diversidad autobiográfica hispanoamericana, Ramírez Franco elabora un corpus de estudio compuesto de textos tan disímiles como los de Neruda, Glantz, Vargas Llosa, Sarduy y García Márquez. El autor no busca, al aproximarse a ellos, ninguna homogeneidad analítica. Nos disuade incluso de inferir de su trabajo un método para leer textos autobiográficos; su propósito consiste en evaluar la producción textual hispanoamericana de diferentes microidentidades y proyectos sociales en el mismo período histórico (1974-2002). Ahí reside la importancia y la belleza de su trabajo: no sólo discute un género y sus instancias mayores, sino que, más aun, presta especial importancia al conocimiento sociohistórico del área, al tiempo que nutre indagaciones relacionadas a su propia formación intelectual como crítico cultural y teórico.

La forma en que Ramírez Franco estudia cada uno de los textos autobiográficos de su corpus es muy instructiva y estimulante. En primer lugar, sin perder de vista su propio aparato teórico, resume con la precisión e independencia intelectual que ya hemos comentado el estado de la cuestión respecto a la crítica más importante dedicada

al texto que se examina. Lo hace sin entrar en aburridos catálogos ni esquemas mecánicos, sino mediante la organización de una secuencia temática que provee un ininterrumpido discurso crítico que fluye como si se tratara de una narrativa (una metanarrativa). En segundo lugar, profundiza en ciertos segmentos autobiográficos que producen una nueva y más honda comprensión de la personalidad del autor y sus estímulos creativos, mientras presenta una explicación exhaustiva, no exenta de esplendor conceptual, de los procedimientos autobiográficos convocados por el texto. Por dar un ejemplo, recordemos la secuencia de la violación de la beldad Tamil en *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda (63-72). Perteneciente a la casta de los “parias”, como indica el poeta, la mujer se ocupaba de remover las heces de Neruda, quien rentaba un *bungalow* en Colombo, transportándolas en un receptáculo que llevaba sobre la cabeza como si se tratara de una extraña corona. La mujer cumplía su humilde tarea con una indiferencia divina, plena de gracia y de la mayor dignidad, lo que desencadenó en el poeta el deseo de poseerla físicamente. Esta escena requiere que Ramírez Franco ahonde en connotaciones y tropos problemáticos como el del deseo en el contexto de una situación colonial, la subconsciente aceptación de un Oriente construido para legitimar la empresa imperialista, la suspensión de la actitud crítica hacia el colonialismo que tanto el personaje como el narrador llevan a cabo para efecto de poseer el cuerpo subalterno, la violación

subsecuente como resultado tanto de la construcción como de la suspensión mencionadas, la inseguridad individual que acompaña a la lujuria, la deshumanización y reificación de la mujer Tamil y la conformidad y el perdón del lector que el texto busca.

Como se ha visto en el párrafo previo, el agudo análisis de Ramírez Franco logra conectar el estudio del género autobiográfico con las motivaciones que impulsan a cada autor al momento de escribir su autobiografía, así como con los contextos socio-históricos que confieren el sentido predominante y la densidad semántica a cada biografía. Esto significa que esas instancias autobiográficas y características ampliamente discutidas en el capítulo introductorio —objetividad, subjetividad, relación contractual autor-lector, la polémica identidad autor-narrador-personaje, la invocada recepción del lector, el contexto social, la realidad histórica, etc.— son convocadas como necesarias para ilustrar cada texto examinado. Por ejemplo, cuando en el primer capítulo, dedicado a *Confieso que he vivido*, de Neruda, Ramírez Franco presta atención al acto de confesión proclamado por el título del libro, correctamente apunta la idea de que este autoexamen ritual del Ego requiere un destinatario capaz de “juzgar, perdonar, castigar, consolar o reconciliar” (35). En otras palabras, el autobiógrafo está buscando un pacto con el lector que apunte a mitigar sus pecados, maravillando al receptor mediante evocaciones poéticas de los exuberantes y vastos espacios del bosque chileno donde el autor quisiera estar inmerso

(purificado y redimido, en mi opinión). El título, pues, implica que la culpa se ubica en el centro de *Confieso que he vivido*, lo que Ramírez Franco atribuye a los errores históricos y políticos de Neruda, a sus silencios estratégicos, sus inconsistencias de clase y la tendencia a ocultar sus imperfecciones e inmoralidades mediante el derroche de imágenes positivas.

Podría seguir explayándome sobre la manera como el sistema analítico de amplio alcance de Ramírez Franco encuentra su punto más alto cuando estudia, entre otras ocurrencias discursivas, las ruinas y las repeticiones que envuelven identidades rotas o incompletas en Margo Glantz (capítulo II), los lacerantes conflictos que confunden los anhelos de modernización de Mario Vargas Llosa (capítulo III), los discontinuos y recursivos “autorretratos” que fusionan literatura y pintura de Severo Sarduy (capítulo IV), la memoria de García Márquez que carnavaliza su autobiografía mediante la antítesis, la hipérbole y la ausencia de maravilla (capítulo V). Con todo, considero que he llegado ya al punto de las consideraciones finales. Deseo concentrarme, por ello, en dos frutos críticos (incluso teóricos) que emanan del proyecto: la habilidad del libro para exportar nociones hacia una casi completa comprensión de lo que yo denominaría el campo de los discursos testimoniales y, en una serie textual distinta, su aptitud para favorecer la comprensión de otras piezas críticas producidas por el propio Ramírez Franco.

En relación con el primer aspecto, resultará claro para quienes

hayan seguido de cerca la argumentación de *In(ter)venciones del yo* que el autor constantemente incorpora a la discusión otros géneros autobiográficos como las memorias, el testimonio y los autorretratos para contrastar alternativas a fin de obtener una definición más precisa de la autobiografía. La argumentación correspondiente aparece matizada hasta el punto de alcanzar la especificidad de las variantes mencionadas del género principal, e incluso de otras manifestaciones como el diario íntimo, la correspondencia privada y el testimonio oral. Así, cuando Ramírez Franco indica que “Severo Sarduy aborda la escritura del yo como autorretrato, no como autobiografía”, explica a continuación que, a diferencia de la secuencia de eventos propia de la autobiografía, el autorretrato emplea el discurso discontinuo, el montaje y la yuxtaposición anacrónica (139). De la misma manera, cada vez que el autor precisa que la autobiografía se apoya en la memoria que aspira a dar forma a una vida personal en tanto que entidad acabada, nos facilita entender que el diario íntimo se basa implícitamente en el olvido y la omisión, de no ser así no exigiría un registro inmediato y minucioso, y que no aspira necesariamente a presentar la vida como una unidad coherente. Por último, basta mencionar que buen número de los trabajos de Ramírez Franco, en especial, pero no exclusivamente, en sus artículos sobre *El pez en el agua*, de Mario Vargas Llosa; *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Ribeyro; *Autobiografía precoz*, de Salvador Elizondo y *Reo de*

nocturnidad, de Alfredo Bryce Echenique, se hallan informados por el mismo aparato teórico que emplea para explicar los textos autobiográficos bajo escrutinio en *In(ter)venciones del yo*. Esto indica que se trata de manifestaciones de una misma área de especialización, lo que hace de Ramírez Franco una de las principales autoridades, si no la mayor, en el campo de la narrativa autobiográfica de Hispanoamérica.

Raúl Bueno

Dartmouth College

Sergio González Rodríguez. *Los 43 de Iguala. México: verdad y reto de los estudiantes desaparecidos*. México, DF: Anagrama, 2015. 164 pp.

Tal vez nunca sabremos lo que sucedió exactamente la noche del 26 de septiembre del 2014 cuando 43 estudiantes desaparecieron en Guerrero, México. Todos eran estudiantes de la escuela normal de Ayotzinapa. Los estudiantes incautaron unos autobuses para ser llevados a una conmemoración del 2 de octubre de 1968 en la Ciudad de México, cuando policías municipales los detuvieron y fueron entregados a una banda de narcotraficantes que los esfumó de la faz de la tierra. En este libro, Sergio González Rodríguez demuestra su habilidad para proveer contextos de la violencia y abrir el campo de visión hacia mecanismos geopolíticos que desencadenan atrocidades, si bien no son el dedo que jala el gatillo, la lógica de sus entramados políticos tiene su grado de culpabilidad. En libros anteriores había trazado esta carto-